

**HOMILÍA PRONUNCIADA POR MONSEÑOR MANUEL MARENGO, OBISPO DE AZUL,
EN LA CONCELEBRACIÓN QUE PRESIDÓ EL 23 DE NOVIEMBRE**

Toda la vida cristiana se resuelve en el seguimiento de Cristo. Esta es la norma última, según se propone en el Evangelio. Es común al monje y a los simples fieles (cf. PC N° 2, inc. a).

La invitación de Jesús a seguirle comporta de alguna manera una respuesta, que puede ser pronta como la de Leví, tímida o condicionada como la de los que pidieron a Jesús tiempo para enterrar a sus padres o despedirse de ellos. Cuando la respuesta es rápida, espontánea, firme, implica una negación y una afirmación.

I - El "no" al mundo

No es una negación de sus valores. Como obra de Dios, el mundo posee riquezas que hay que reconocer y acrecentar. Cristo jerarquizó dichos valores en su persona al asumirlos y divinizarlos. Ellos deben, por tanto, merecer la estima del cristiano y se deben convertir en valiosos recursos de santificación. Por otra parte, por el bautismo han quedado como sacralizados, ya que nada hay en el bautizado que sea totalmente profano. Lo que se niega es el "espíritu" del mundo. Una fuerte corriente secularizante va impregnando la vida humana: se sobrevaloran o absolutizan la ciencia, la técnica, el poder, el dinero, la fama: es el endiosamiento de lo material o puramente temporal. Con este presupuesto se subestiman valores realmente absolutos: Dios, la gracia; Cristo, la Redención. Son las falsas plenitudes del hombre que "colman" efímeramente sus aspiraciones. El "no" se da a esas sustancias y adherencias falsas.

La ascesis, que es renuncia, cruz, entrega, seguimiento, se define fundamentalmente como *conversión*. Es, según san Bernardo, la vuelta a Dios y el inicio de una peregrinación interior, cuya culminación plena se logra en el cielo. Es el paso del pecado a la gracia; es la transmutación del yo en el no-yo.

En este proceso, siempre doloroso, hay una sola ley: la de la cruz. Esta ley marca fuertemente la vida y el compromiso cristianos. El obrar, el poseer, el dar, nunca se hacen sin sufrimiento. Hay en nosotros apegos y desprendimientos que pueden demorar o impedir el lanzamiento del hombre a mayores alturas. La perfección y la santidad cristianas dependen de ese "arrancarse" de las cosas, sin dejar de estar, muchas veces, con ellas.

Ahora bien, nunca ha habido una vida espiritual seria sin *purificación*. Para lograr el seguimiento de Cristo, que no es otra cosa que su imitación, para adherir a Él en sí mismo, por sí mismo, es necesario limpiar, purificar el propio interior en el ejercicio de la fe, la esperanza y la caridad. En esta gimnasia, que san Pablo compara con la del atleta, se entrena el verdadero cristiano. Pero hay que estar atento para no sucumbir al cansancio ni ceder al desaliento, menos aún, consentir en la tentación del abandono.

Tampoco debemos extrañarnos de que, a las veces, nos debilemos en esta tarea purificadora. Esto es muy humano. Los santos pasaron por esos estados. San Pablo nos dirá que a su queja, el Señor le respondió: "*Te basta mi gracia*". La batalla de nuestra conversión, con alternativas diversas, continuará siempre. Pero la promesa ha sido hecha al que perseverare hasta el fin. En la fatiga dominada, en el tedio superado, en no decir basta a la lucha, estará la victoria definitiva.

La oración y la penitencia serán los quicios sobre los cuales debe girar nuestra acción depuradora y santificadora. Pienso que las penitencias "al estilo antiguo" tenían su valor y pueden seguir teniéndolo. Sin embargo, la vida diaria, su vértigo, su lucha pueden convertirse en eficaces instrumentos de

ascensiones insospechadas y rápidas. Quizá no sea del todo necesario buscar otras cruces. En todo caso, habría que esperar que el Señor las envíe con su gracia adicional. Mientras se estudia, se trabaja, se cuida de las cosas domésticas y también cuando se reza -tareas en las cuales el amor propio tiene de qué alimentarse- se pueden encontrar medios de subido valor santificador. Los maestros de la vida espiritual tenían una fórmula muy simple: hacerlo todo por amor de Dios. Sabido es que ella implicaba un estado superior de unión con Dios.

II - El "sí" a Cristo

Supuesto el proceso anterior de purificación, el alma se dispone a dar a Cristo una respuesta más, a dar un paso adelante. Este consiste en conformar nuestra vida con la de Cristo: es la imitación. Todo se hace bajo el impulso de la gracia, que en estos estadios de la vida espiritual se ofrece abundante, bien sea en situaciones de oscuridades profundas o de iluminaciones deslumbrantes.

Pero es de advertir que esta conformación de nuestro ser con Cristo, se debe haber con Cristo *redentor*. Sabido os que Cristo nos redimió *por su muerte y resurrección*. Dos parecen ser, entonces, los signos que marcan esta "cristificación": por una parte, la pobreza, la miseria, la muerte de cada uno, y por otra, la fuerza triunfante de Dios que nos despoja de este cuerpo de muerte que es el pecado y nos viste con la luz glorificante de su gracia. Morir será la consigna del cristiano y del monje; si el grano de trigo no muere no dará fruto (*Jn 12,24*). La toma de conciencia de lo que somos, pecadores, y la aceptación de nuestra condición de pobreza y miseria permitirán gozar los frutos de la resurrección. Tal vez no baste aceptar aquella condición de indigencia y pecado sino, que será menester amarla y, si somos ya más perfectos, gozarnos de nuestras debilidades y flaquezas. Una simple ubicación frente a Dios, el ÚNICO ABSOLUTO Y SANTO, servirá para disipar cualquier tentación de suficiencia. En el orden de la salvación nada es posible sin la ayuda de Dios: "*Sin Mí nada pueden hacer*" (*Jn 15,5*). La nuestra es una pobreza radical. Sin embargo, no pocas veces, en forma sutil y disimulada se esconden pensamientos de no necesitar tanto de Dios. Son brotes bastante frecuentes de nuestra congénita soberbia todavía no dominada.

El gran triunfo fue éste: que Dios resucitó a Cristo y con Él a toda la humanidad. Fue la fuerza vivificante de su Espíritu, fue el sople animador que dio vida a la materia inerte y a las aguas y a la tierra infecundas y estériles.

En nosotros, Dios ejerce con su poder esa *transformación*. En Cristo nos hacemos personas nuevas, pasando de la muerte a la vida; somos revestidos de un espíritu nuevo; somos las nuevas creaturas de la "recreación" obrada por Él con su resurrección. Todo esto es efecto de la misericordia y del poder de Dios. Es que esta fuerza y bondad de Dios nunca se manifiestan mejor que cuando nos salva. Si conociéramos bien a Dios deberíamos alegrarnos de que su amor y sobre todo su justicia se ejerzan con nosotros. La justicia de Dios, que según la Biblia, se identifica con su santidad es una justicia que justifica, vale decir, que hace santos. Entonces no es el caso de temerla sino de deseársela, porque la justicia es un don que se da a los pobres y para su defensa. Y pobre es todo el que reconoce, acepta y ama su condición de pecador perdonado.

III - Un camino

Sostengamos esta realidad y esta verdad: todo en nuestra vida consiste en ser pobres. En la vida espiritual no hay otro camino. El símbolo de esa extrema pobreza es la Cruz de Cristo. Allí no quedó nada por dar; fue un despojo total, el supremo abandono y la máxima humillación: la muerte. Pero, siempre ha sido así: Dios triunfa de la nada. De la nada arranca la maravilla de la creación; la redención surge de un "anonadamiento" en la cruz y de un sepulcro vacío. Cristo da de comer a cinco mil hombres cuando ya no tienen prácticamente pan; se produce la pesca milagrosa, después de haber pasado una noche sin pescar nada, convierte el agua en vino cuando se había acabado el que tenían. Dios obra de esa manera, para que comprendamos que es Él quien hace las cosas. Nosotros somos sus colaboradores, que tanto más valdremos cuanto menos aparezcamos. Siervos inútiles somos, ya que

nuestra suficiencia nos viene de Él.

De este vaciamiento de nuestro propio yo, por el lento proceso, siempre doloroso, de la purificación, pasaremos a la posesión de las verdaderas plenitudes que se dan sólo en Cristo. Es el paso del yo al no-yo para llegar al TÚ.

Cristo es el modelo de ese hombre nuevo. En su muerte sepultó nuestro cuerpo de muerte para adornarlo con nueva vida. Cristo muerto y resucitado es la expresión perfecta de nuestra transfiguración. Después de Él, María aparece como la mujer vestida de sol y coronada de doce estrellas. Pero, Dios la hizo bella, porque se “dignó mirar su pequeñez”. Siempre será verdadero que para ver las cosas grandes y hacerse grande, hay que verlas desde el único ángulo, que les da dimensión y perspectiva: el de la fe.